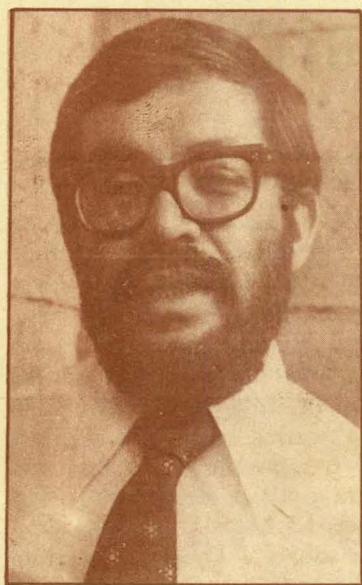


Crisis para vivir

8-SEPT-82

O Para Morir...

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Imposible saber el tono que finalmente adquiriría el último informe del presidente López Portillo. Cuando este ejemplar de **Siempre!** esté circulando, el acontecimiento habrá ocurrido ya, de manera que las anticipaciones sobre ese documento, del todo punto necesarias, pueden pecar sin embargo de subjetividad extrema, y por lo mismo, de error máximo. Pero ni modo. Esas son algunas de las tiranías que impone este oficio, de tan difícil ejercicio en días en que impera la confusión, y donde todos estamos más dispuestos a dar camino libre a la emocionalidad que al uso de la razón.

Actitudes públicas previas permiten imaginar el tono del Sexto Informe, el postrero de esta administración que empezó con tan brillantes auspicios y concluye en el extremo opuesto. La última intervención global del Presidente, el 7 de agosto, y el discurso

de la siguiente semana del secretario de Hacienda buscaron dar un diagnóstico de la situación, así como transmitir la seguridad de que pasos importantes se estaban dando en el encaramiento de la crisis más ardua que le ha correspondido experimentar a la sociedad mexicana. Sin embargo, en discursos de circunstancias dichos en las vísperas del acto de apertura del Congreso, López Portillo pareció desestimar la magnitud del desastre en que vivimos. Era por lo tanto difícil saber si en el informe, a la luz de la primera impresión que dieron las mediciones oficiales de la crisis, se anunciarían medidas acordes a esa dimensión, o al contrario, el esfuerzo argumentativo se concentraría en combatir a la crítica paralizante, que a juicio del Presidente fomenta la situación difícil, en vez de encaminar pasos a resolverla.

La conferencia de prensa del secretario de Hacienda sorprendió a todos por la claridad con que fue pronunciada, y por la admisión de algunos errores en la conducción de los asuntos públicos. Estamos tan hechos a la prepotencia gubernamental, incapaz de aceptar nunca que es falible la acción oficial, que escuchar a Silva Herzog produjo en el ánimo de la mayor parte de los observadores una especie de fascinación, es decir, de hipnosis colectiva por cuyos efectos reparamos principalmente en la franqueza con que habló de la situación, y mucho menos en su caracterización y en las fórmulas en curso para enfrentarla.

El tiempo ha permitido librarnos de esa fascinación, y estamos por lo tanto en condiciones de formular algunas consideraciones a propósito de lo anunciado por Silva Herzog. Se echa de ver, en el formato mismo de la conferencia de prensa, un defecto inherente a toda la política contraria a la crisis, que es su unilateralidad y su verticalismo. El director de información de la Secretaría de Hacienda, al presentar al titular de la misma, se anticipó a decir que no habría preguntas. Mal modo de manejar, por el gobierno entero, una suma de condiciones tan difíciles como las que padecemos. En una estructura como la nuestra, de intermediación informativa, no se puede llamar a los medios de difusión para simplemente hacerles saber lo que piensan los gobernantes. En algún sentido, las preguntas que hubieran podido formular los reporteros, a lo que tendrían pleno derecho, habrían revelado el sentir generalizado, pero no parece importar gran cosa a quienes ocupan cargos de responsabilidad pública otorgarles verdaderamente ese carácter.

Al caracterizar la naturaleza de la crisis, a Silva Herzog se le pasó la mano al decir que se trata de un problema coyuntural, financiero, casi sólo de caja, según dijo. El apresuramiento, y por lo tanto, el error de ese diagnóstico han quedado suficientemente subrayados ante la opinión nacional, pero no sobra decir algo más al respecto. Cuando los problemas de liquidez se convierten en hambre y en desempleo, por fuerza tocan a la estructura, por lo que en sus efectos no es cierto, como quiso el secretario de Hacienda, que ésta haya quedado intacta, indemne ante la crisis. Pero con ma-

yor razón puede rechazarse la aseveración de Silva Herzog en lo que atañe a las causas, pues allí resulta muy claro que no es porque hayan salido dólares con la profusión y la velocidad con que salieron que se produjo la crisis, sino que ésta comenzaba a manifestarse justamente en la fuga de capitales. Encontrar los orígenes verdaderos del problema significaría estar en verdad en el camino para resolverlo. Si la inercia de nuestras concepciones o de nuestros intereses nos impide evaluar las circunstancias con el acierto que las circunstancias exigen, no podremos recetar al cuerpo social enfermo las prescripciones que lo conduzcan a la recuperación y, con suerte, hasta a la salud.

Digamos, en fin, que el discurso de Silva Herzog contuvo medidas inmediatistas, que sólo hacen levemente lejano el problema, pero no lo resuelven de raíz. Es cierto que un respiro, un alivio así sea temporal permite disponer el ánimo hacia el hallazgo de soluciones más permanentes y definitivas. Pero cuando las soluciones provisionales son como las instrumentadas por Hacienda, la cuestión, en vez de ser menor, tenderá a crecer en dificultad.

Piénsese, por ejemplo, que la diferición por noventa días en el pago de nuestra deuda de corto plazo, si bien permitirá renegociar el conjunto de nuestras obligaciones con el exterior, también lleva aparejados costos financieros y políticos. Cobrar por adelantado el petróleo que estamos vendiendo a los Estados Unidos, significa estar viviendo de fiado, lo que antes del advenimiento de las tarjetas de crédito, con su cauda publicitaria de prestigio y comodidad, era un estigma. Vender más petróleo y a precios que no son los que nos urgiría mantener, todo ello son medidas para tapar los hoyos de hoy, aunque generan riesgos, porque abren agujeros nuevos y más grandes. Dijérase que se pone en práctica, puesto que estamos en víspera del relevo presidencial, la política irresponsable de que quien venga atrás que arree. Pero ocurre que según muchas presunciones, el secretario de Hacienda de hoy es el mismo que ocupará el cargo mañana, por lo que estaríamos en realidad frente a la política de la próxima administración. A menos que don Jesús Silva Herzog hubiera quedado ya tan raspado por la crítica situación, que no fuese posible conservarlo en el cargo que se le auguró con mucha anticipación, aún antes del estallido de la crisis.

En consecuencia, lo que estamos haciendo hoy para salir del embrollo no hará, probablemente, sino hundirnos más, como lo sugería un enfático cartón de Naranjo, en **Proceso**, donde un pueblo mexicano cadavérico, encolerizado y miedoso le dice al Presidente, que anda jinete en él dentro de un tremedal, que mejor no se mueva ya, porque es peor.

En el fondo, no estamos de acuerdo con una de las intenciones del dibujo del gran artista gráfico que es Naranjo, porque importaría no el quietismo de la autoridad, sino su ejercicio certero y prudente. Abandonar las riendas en la conducción de la sociedad, como se hizo en varios momentos en el proceso de definición de la crisis, la ahondaría más, como ya hemos visto precisamente que ocurrió.

Crisis o desastre son palabras, por otra parte, a las que debemos perderles el miedo. Las cosas deben ser llamadas por su nombre, pues no por el mecanismo de exorcizar a los fenómenos negándonos a mencionarlos es como habremos de enfrentarnos a ellos. Utilizar tales palabras ni siquiera es catastrofismo, sino al contrario, una apelación a la posición realista en la que con tanto entusiasmo quiere ubicarse nuestro gobierno.

Como sucede con su acepción general, la crisis puede resolverse bien o mal. Podemos hacer de esta nuestra actual situación crítica una oportunidad para revisar nuestras estructuras de mando político, de producción económica, de relaciones sociales, para mudarlas por otras nuevas. Por supuesto que esto no es tan fácil como pintar la fachada de una casa. Pero si somos capaces de reconocer dónde verdaderamente hemos desarreglado la vida en sociedad, podemos emerger de la crisis en mejores condiciones, acrisolado nuestro espíritu por la dificultad.

También podemos, sin embargo, degradarnos, envilecernos, regodearnos en la autodenigración, en el fatalismo, en el abuso, para salvarnos individualmente, aunque el conjunto padezca más intensamente por ello. La opción está abierta. Veamos qué camino escogemos, aunque la experiencia de la historia nos hace ser, no obstante todo, optimistas y esperar que esta sea una crisis que nos haga crecer.